

II Domingo de Pascua (07-04-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos en este domingo al Señor de la Misericordia, advocación que Faustina Kowalska, de Polonia, a inicios del siglo pasado, se presentó a ella como una imagen al interior de su espiritualidad para recordarnos que el punto central de nuestra fe es siempre la misericordia de Dios con nosotros. Y eso, hoy día, que fue instituido por el Papa San Juan Pablo II, nos viene bien para entender y vivir que, sin la misericordia nuestra fe cristiana no sería posible, porque nosotros, los cristianos, somos cristianos porque nuestro mismo Dios es el que nos dio la fe, nos transmitió el amor y, por lo tanto, quiso que cada uno de nosotros pudiera vivir la experiencia de Dios como una cercanía muy diferente a la que todos los pueblos han tenido como experiencia de Dios, esa experiencia de un Dios que, por una parte, es bueno y, por otro lado, “amenaza” y permanentemente “genera temor” porque hay que obedecerlo, y si no obedecemos “nos destruye”.

Esa imagen de Dios que, inclusive, aparece también en algunos textos bíblicos, no es lo que revela Jesús en la Cruz. Jesús en la Cruz perdona, es decir, tiene misericordia. Y lo primero que hace cuando se presenta a sus discípulos es decirles: “Paz a ustedes”. Y esa paz no es una paz irénica, no es una paz abstracta, es una paz que muestra el fundamento de esa paz: el amor misericordioso que se da y se muestra en las heridas y en el costado del Señor. Y, por

lo tanto, Él resucitado es el Jesús que ha sufrido en la Cruz y, por eso, el signo mayor que tenemos para vivir a Jesús son aquellos signos que dejó y que identifican su amor y que permanentemente hemos de tratar de vivir nosotros porque el amor del Señor pervive a través de todo aquello que podamos convertir en una renuncia para el servicio de los demás.

Estamos en un mundo en donde existe, hoy día, una tendencia a conseguir “la vida”, pero no en el sentido en que el Señor propone, que es la vida durable, la vida plena, la vida llena de alegría, de amistad, de belleza. A eso llamamos vida eterna, no solamente a la vida que está más allá de la muerte. La vida eterna comienza acá, viviendo relaciones plenas, humanas, llenas de alegría y amistad, haciendo un mundo más justo. Aquí empieza la vida eterna y se hace plena cuando nos encontremos con Dios definitivamente todos.

Esto es muy importante porque, a veces, se piensa que la vida eterna es la del “más allá”. Y si es eterna, no tiene principio ni fin, así que está presente hoy día. Hay vida eterna cuando amamos como Jesús nos amó; hay vida eterna cuando somos justos. El Papa dice, en el Ángelus de hoy, que “todos queremos tener vida, pues existen diversos puntos de vista sobre cómo lograrlo. Por ejemplo, hay quien reduce la existencia a una carrera frenética por gozar y poseer muchas cosas, comer y beber, divertirse, acumular dinero y objetos, sentir emociones fuertes y nuevas. Este es un camino que, a la primera vista, parece atractivo, pero que no sacia el corazón”.

No es así, dice el Papa, como se tiene vida, “porque siguiendo los caminos del placer y del poder no se encuentra la felicidad. De hecho, quedan sin respuesta muchos aspectos de la existencia, como por ejemplo el amor, las experiencias inevitables de dolor, las limitaciones y la muerte”. (Palabras del Papa el Regina Cieli, 7 abril 2024).

En esa vida existe la posibilidad de la vida eterna, pero tiene que saciar el corazón. Y, por eso, entonces, la gran cuestión es si nuestra esperanza está puesta solamente para cosas banales y, por tanto, reducir nuestra vida a pequeños intereses, pequeñas ambiciones que tenemos que nos sacan de esa experiencia más profunda.

Cuando se fundó el movimiento de San't Egidio, justamente, el punto de disloque fue si se hacía muchas cosas en el mundo o se hacían algunas fundamentales, por ejemplo, centrar la vida en los pobres. Eso cualificó, hace 56 años, a este movimiento fundado por Andrea Ricardi, y ayudó mucho a repensar a esa generación creadora con algo nuevo: empezar a servir a los demás y hacer que el mundo mejorara (por eso, también se dedicaron al tema de la paz).

Hoy día hay un punto esencial que es el que nos permite, así como también una comunidad como San Egidio intenta hacer eso, hoy ya tenemos un punto de partida en el Evangelio que nos invita a renovarnos. Dios mismo ha entregado a su Hijo para hacer posible que en nosotros se genere la vida eterna en esta historia; Dios ha traído el cielo a la tierra con Jesús.

Jesús se entregó hasta la muerte y es el Hijo de Dios que ha sido generado por el Padre; Jesús, entregando su vida genera nueva vida con su testimonio y su entrega. Y, por eso, nosotros somos en el bautismo regenerados, no solamente renacidos (porque nacer viene después del proceso generador, al final). Aquí estamos en el ápice la fecundidad de Dios.

Nuestro Dios es fecundo, que se anonada para crearnos, y se anonada también en su Hijo para darnos vida y recrear este mundo. Sin esa dimensión del anonadamiento, nuestro Dios sería igual a todos los dioses de las demás religiones, pero nuestro Dios ha querido asumir la humanidad de tal manera que implique que Él mismo se sacrifique por nosotros.

En todas las religiones se hacen sacrificios y holocaustos a los dioses, en todas. Pero allí, somos los seres humanos los que hacemos sacrificios a esa imagen de Dios. La única religión en donde Dios baja y se sacrifica por nosotros es la religión cristiana; y eso es nuevo porque estamos llamados a seguir a Dios en ese camino, que no es ofrecerle tantos holocaustos y sacrificios y reventarle cohetones, sino es generar, como Él también genera nuevos mundos, amando y compartiendo lo que somos, dejándonos llevar por el amor dado gratuitamente.

Por eso el Señor nos hizo para adelante, nos hizo con brazos para abrazar, con una boca para conversar, con unos ojos para mirar la riqueza del Otro. Y no fuimos hechos para nosotros mismos, totalmente imbuidos en nosotros mismos y encerrados. Por eso se da esta “regeneración”

que ha empezado con Jesús, que retoma la generación del mundo al inicio, en donde Dios, existiendo únicamente, genera algo y alguien distinto de Él.

Hay personas que piensan que cuando Dios crea, crea el mundo y lo tira. Esa idea la tenemos expresada en el poema de César Vallejo “Los dados eternos”, un Dios que juega los dados y los tira. Nuestro Dios no tira a nadie, nuestro Dios se retira para que existamos y nos envuelve y nos acompaña y se juega por nosotros; y tanto se juega por nosotros que su propio Hijo es asesinado por nosotros, y nos perdona para que siga la vida y para que aprendamos una nueva forma de vivir basada en su compañía.

Este auto-anonadamiento de Dios que está en la estructura de la creación y está en la estructura de la redención, de la salvación en Cristo, es también el camino del futuro de la humanidad: el estar dispuestos a dar la vida para hacer que en este mundo el amor llene las vidas de todos. Y eso implica que tenemos que tener otra visión de nuestra presencia cristiana.

El ser humano y el cristiano no están para conquistar, por medio de las armas, la paz; no están para conquistar el mundo con la imposición de la paz. ¿Han escuchado ese chiste de Mafalda? Ella está en una esquina mirando a una señora que tiene a una niña llorando y, entonces, le manda un cachetadón y le grita: ¡paz! Y Mafalda dice: ¡Alegórica la señora!. ...¡Qué manera de poderle dar paz...con un cachetadón!?.

La paz se hace pacíficamente con la paciencia, y eso exige, por parte nuestra, repensar todo el modo como vivimos. Ser cristiano es ser cristiano regenerado en un Dios que se ha despedazado por nosotros, se ha anonadado por nosotros. Y, por eso, Jesús siempre es un motivo de interrogación y de llamada a toda la humanidad, y a nuestra propia humanidad.

Pidamos también que, en todas nuestras iglesias, en nuestras comunidades, alentemos esa capacidad de amar que hoy es urgente en el país, en un país en donde, como dice el Papa, buscamos muy frívolamente la vida y nos encanta el poder y una serie de cosas totalmente secundarias. Eso se produce por indiferencia y frivolidad. Y la indiferencia no es una actitud cristiana, solamente se es cristiano cuando estoy preocupado por el Otro. Y si eso no se tiene, por más jaculatorias, rezos y flagelaciones que nos hagamos, no agradamos al verdadero Dios que es amor.

Evidentemente, Él, inclusive si no le agradamos, siempre está acompañándonos, si abandonarnos, acicateándonos detrás: Entrega tu vida como Jesús, entrega tu vida como Jesús ...

Que Dios nos regenere en este camino y demos gracias a Dios por las comunidades y las parroquias que durante siglos han mantenido eso. Especialmente, quiero recordar a la parroquia de San Lázaro, que ya tiene más de 460 años de existencia como parroquia, en donde gente que dirigió la parroquia entregó su vida, como las hermandades que ayudaban a los leprosos, siempre laicos, una comunidad consistente que sigue generando frutos para la Iglesia.

Que Dios los bendiga y los acompañe a todos, y que estemos siempre unidos en este camino.

Amén